

Podía marcharse cuando quisiera.

El último eslabón que lo retenía á la vieja borda de Pagogaña estaba roto: la abuela dormía ya, allá abajo, en el camposanto de Errazu.

A la sombra de los castaños no se enjugaría, en adelante, el *echeko-jaun* la frente á la tardecica, ni las correntosas aguas de la regata de Urbizi fundirían sus cristalinos susurros con el canto argentino de la lavandera, ni las rubias cabecitas de los niños y la sonrisa feliz de la esposa iluminarían el dintel oscuro de la puerta.

Estaba solo, completamente solo dentro de la ahumada borda, cuyas ventanas miran al hondo valle por entre las ramas del castañar tupido, como el atisbador silvano á través de las zarzas. Sus cuatro hermanas se habían casado en diferentes pueblos del valle. La mayor en Berrueta, dos en Arizcun, la más jóven en Errazu. Provistas de su dote salieron de casa. Pedro Mari, el heredero, nunca quiso casarse, no ciertamente por falta de partidos aceptables, sino porque desde muchacho acariciaba una idea, un proyecto.

En la cabeza de aquel mocetón de ojos garzos, pelo de maíz y cara sonrosada, alto cual el pino y vigoroso como el roble, había germido cierta idea, única y exclusiva, que extendía sus raíces por todo el cerebro: la de marcharse á América, y al igual de tantos otros conterráneos, enriquecerse.

¿Cómo? nunca se le ocurrió la pregunta. Nada sabía y de nada se notaba ignorante. América enriquece á las gentes.... porque sí.

Después de muerta la abuela, vendió el hato de ovejas, los ajuares de casa y las heredades á su hermana Leocadi, la de Errazu, más rica, ó, mejor dicho, ménos pobre que las otras. La borda *nativa* se la reservó para cuando, llena la bolsa de peluconas, volviese *de allí*.

La ocasión, realmente, convidaba á emigrar. Hablábase de inminente guerra entre Francia y España. La borda estaba situada junto á las mugas de la frontera. Habría que formar en las filas de la milicia del valle, invadir el territorio francés... ¿quién sabe?

Pedro Mari detestaba la guerra, y más que la guerra el servicio, la disciplina, el cuartel. La montaña había depuesto en su alma el amor á la paz pastoril; la raza, el amor á la independencia individual. Ni el pastor, ni el basco, se avenían con la servidumbre del soldado.

II

Dispuso el viaje para el día siguiente: viaje largo y penoso, á pie hasta el único puerto andaluz habilitado, sin otra ayuda que el escaso dinero reunido, ni otras esperanzas que la carta de recomendación del señor Cura á un pariente de Valparaiso.

A la tarde, después de comer frugalmente, tomó, pecho arriba, uno de los senderos de Izpegi. Se le había encasquetado el capricho de dar el vistazo de despedida al valle desde aquellas azuladas cumbres. ¿Por qué desde Izpegi y no desde Nekaitz ó Bustinzelaya? Porque en la falda Norte de Izpegi, á orillas de los manzanos, sobre finísima y verde pradera, como lienzo recien limpio y puesto á secar, se levanta el caserío de Eyeraldea, donde habita *Katalin*, la hermosa y ale—

gre baigorriesa que, por poco, torció los propósitos aventureros de Pedro Mari. Y acaso, inconscientemente, el fondo de su corazón conserva la fragancia de su único amor: en el hogar apagado, aun durante la más fria noche dura el rescoldo.

Corría el mes de Marzo de un año sin hielos y de pocas nieves en Nabarra. La atmósfera, suave y húmeda, adelantaba la florescencia; la primavera, coronada de tibios rayos, se entretenía escondiendo piadores nidos por los matorrales. Tan pronto mostraba su faz risueña entre las nubes, como la ocultaba; pero donde quiera, en campos y bosques, se descubría el ruedo de su saya de colores ondulando al viento.

Sentóse Pedro Mari sobre una piedra. El cielo, de Norte á Sur, cambiaba imperceptiblemente el color; allá azul pálido, aquí de cristal esmerilado. Al Occidente, una nube bogaba, sin prisa, como isla flotante de grana con vetas de oro. Lucía la espléndida chorrera de su torrente el erguido Mikan y las lomas de Astate y Arieta la esmeralda de sus prados; á la espalda se arremolinaban las montañas desde Orzanzurieta á Belate, empujando hácia el cielo las olas innúmeras de sus cimas, arrebujadas las más altas en pardas nieblas. A los piés se ahondaban, á derecha é izquierda de Izpegi, los valles de Baztan y Baigorri con sus pueblos, caseríos, sembrados, ríos y arboledas, á través de una sutilísima malla donde la luz prendía lentejuelas de plata sobre los matices verdosos y azulados de la neblina. Dejábase oír el aire con el blando silbo del pajarero, y le replicaban las risas de los arroyuelos que por todas las laderas del monte bajaban al valle como tropel de saltarines muchachos.

De pronto, á los ruidos de la naturaleza, se unieron ecos de canciones lejanas, voces femeninas que oscurecían, sin eclipsarlos, antes bien, armonizándose con ellos, los cánticos de las aguas correntosas y el tintineo de los rebaños. Pedro Mari comenzó á bajar la vertiente francesa, atraido, más que por el coro femenino, por el caserío de *Katalin*. En las heredades de las primeras bordas, hasta una docena de muchachas escardaban el trigo. El sol iluminaba sus rojas faldas puestas en cinta, las multicolores tocas de sus cabezas.

Las escardadoras cantaban:

Iruten ari nuzu Kiloa gerriyan,

### Ardura dudalarik Nigarra begiyan.

(«Estoy hilando, la rueca en la cintura, y á menudo, en los ojos, lágrimas.»)

La melodía, alegre y juguetona, pero de cadencias melancólicas cual retazo de nieblas en paisaje soleado, concertaba con el ánimo de Pedro Mari, contento por la marcha y triste por la despedida.

Las escardadoras pronto notaron su presencia, y volviendo hácia él las caras joviales, cantaron á grito herido, dando fin á la estrofa con un *irrintzi*<sup>1</sup> agudo y sonoras carcajadas:

Arreba, nai duzuya Gizonik erosi? Eliza bazterretan Bi sosetan zortzi

(«Hermana, ¿quieres comprar hombre? Junto á la iglesia, ocho por dos suses.»)

Pedro Mari, poniendo á modo de portavoz sus manos, contestó con esta estrofa:

Anaya, nai duzuya Emazterik erosi? Baratze kantoinetan Sosian emezortzi.

(«Hermano, ¿quieres comprar mujer? En los rincones de las huertas, diez y ocho por un sus.»)

Mientras él cantaba, una de las escardadoras, jovencita de diez y seis años, menuda y agil ardilla, bailaba y brincaba á compás, en medio del sembrado.

—Para el buen bailarin no hay mal tamboril, ¿verdad?—le gritó otra escardadora, hermosa muchacha rubia, de ojos negros, acercándosele con aire zumbon y provocativo.

-No te arrimes, maitia.2

Irrintzi, grito de alegría y desafio.
Maitia «querida».

- —¿Por qué?
- —Por el refran: Baigorrin bachera urrez, ni arat orduko, lurrez.
- («En Baigorri, la vajilla de oro; pero cuando llego allá, de barro.»)
- -Tambien yo sé refranes; ¡me llaman la refranera!
- —Dime alguno; en tu boca serán de miel.
- -Asto andiak, Baztango.
- -(«Los grandes asnos, de Baztán.»)

Cual manga de cohetes voladores subieron al cielo las risas de las muchachas, rebotando sus vibradoras cuentas de eco en eco, hasta perderse en los murmullos de las fuentes y arroyos.

Pedro Mari era corto de génio, tardo de lengua y perezoso de imaginación para habérselas airosamente con una docena de mujeres burlonas. Sus carcajadas le desconcertaron; ruborizóse y volvió pie atrás, internándose bosque arriba, triste, porque no había visto á *Katalin*.

Las escardadoras seguían cantando á voz en cuello y con aire más vivo:

Ezkondu nai dutenak Seinale dirade, Matrell-ezurrak sēko Koloriak ferde.

(«Los que se quieren casar, presentan varios sintomas: las meji—llas juanetudas, verde el color.»)

Ш

Al penetrar en España sintió pasos por la encrucijada del bosque. Aparecieron tres mozos; á uno de ellos le conocía: era Martín, el de Zamukegi.

A sus preguntas, éste le respondió:

—Los dos amigos son de Bidarray. No vamos á Elizondo, como piensas, á comprar ganado. Nos expatriamos, huimos de Francia, resueltos á permanecer en tierras de Pamplona hasta que estas cosas se acaben. Temo que cuando volvamos hemos de encontrar los árboles con las raíces al cielo y las ramas dentro del suelo. Los amigos de la

nación—¿conoces tú á esa mujer? Será alguna *Okerra*<sup>1</sup> de París...— han invadido el valle. Cierran las iglesias, las llenan de heno, roban los cálices, patenas y custodias, plantan un arbolito en la plaza y bai—lan alrededor, aullando blasfemias. Con ellos están Pinet, el francés y los malos curas; Mariturri, Duronea, Sorondo-Chaldun, ¡cerdos! que quieren casarse; todos ellos del brazo de *Galtza-Gorri.*<sup>2</sup>

Pedro Mari se santiguaba.

—Por tabernas y posadas, vaso en mano, predican nuevos sermones y pretenden que todos obedezcamos á esa República que han sentado en el trono del Rey. ¿No quedan sino mujeres para mandar á los hombres? Dicen que han de llevar la República á Madrid, y no ha de quedar fraile ni inquisidor en España. A algunos trastornan el juicio. Están formando un batallón de voluntarios, y como se alistan pocos, comienzan ahora á sacar mozos por fuerza. Hoy quisieron echarnos la red; los gendarmes nos han perseguido á tiro limpio por el monte. Esta es España: que sirvan ellos si les place, gritando ¡viva la libertad! Nosotros somos libres, á Pamplona!

Martín se volvió cara á Francia, y su pecho de toro lanzó un *irrintzi*, que onduló largo tiempo, con vibraciones de júbilo y desafío.

Al despedirse Martín se acercó á Pedro Mari y le dijo á media voz:

—¿Sabes la noticia? *Katalin*, la de Eyeraldea, se casa con Miguel Elorga. ¡Por supuesto, si no lo llevan soldado!

Los tres mozos desaparecían, momentos después, entre los árboles sombríos. Pedro Mari permaneció inmovil, pensativo, hinchado el corazón de lágrimas. Cierto ruido, encima, le distrajo; levantó la cabeza; un pájaro, un pico negro tamborileaba sobre una rama seca. Las estrellas tempraneras lucían su pálida luz de oro á través del enverjado de los árboles. Sobre el rumor de manantiales y riachuelos percibíase el grito melancólico del cuclillo. Las nieblas, lentamente, bajaban al valle.

IV

Apenas los fulgores del alba comenzaron á filtrarse por las mal

<sup>(1)</sup> Apodo de una mujer que adquirió triste celebridad en el país basco-francés durante la época revolucionaria.

<sup>(2)</sup> Galtza-Gorri, nombre burlesco del diablo; literalmente, «calzones rojos».

ajustadas ventanas de la borda, Pedro Mari, que había dormido poco, se puso en pie. Vistióse, ciñóse el cinturón que contenía el dinero, agarró el palo del cual colgaban el lío de ropa, los borceguíes y una cesta de provisiones, y salió de la casa tras una breve mirada de despedida, poniendo la llave de ella al alcance de la mano por la gatera de la puerta, como si hubiese de regresar pronto.

Tenía la boca seca, y bebió un trago del arroyuelo. La mañana estaba fresquecita, pero hermosa, más propia de mediados de Junio que no de últimos de Marzo: puro el ambiente, limpio el cielo, rosadas las montañas, quietos los bosques.

La alegría, las esperanzas, ocuparon pronto el lugar de la tristeza que toda despedida tiende sobre el ánimo. El higiénico ejercicio aumentaba el bienestar de su cuerpo. Iba á paso largo de montañés, por trabajosos atajos, camino del puerto. Junto á las ventas de Ulzama topó con un gran golpe de soldados que subían por do él bajaba, y en Olagüe se cruzó con dos regimientos y numerosos jinetes ricamente vestidos. Le dijeron que era el Virrey, y que estaba declarada la guerra á Francia. Como no soplaba viento, las banderas españolas pendían, lacias, de las astas: les faltaba el orgulloso restallido precursor de la victoria.

Para excusar preguntas indiscretas, se apartaba de los pueblos; de noche prefería las ventas solitarias.

Mientras corrió las tierras de Pamplona, aunque el paisaje era más severo y los campos ménos poblados, se le figuraba, por la semejanza de trajes, costumbres y lengua, que no había salido de Baztán. Otra cosa fué apenas puso las plantas en las llanuras riberas. Cielo risueño, suelo feraz, y no obstante, impresión de tristeza para el montañés en la planicie ondulada sin bosques, arroyos, bordas ni prados, ni blancas ovejas y rojizas vacas sobre la mullida yerba. Las notas de color habituales á su retina, pintábanselas los manchones del trigo, los opulentos huertos que rodean á las poblaciones, grandes y distantes unas de otras.

Pronto llegó á Castilla la Vieja, y el tedió fué el acompañante de sus jornadas. Cada vez era más alegre el cielo y más feo el suelo; áridas sierras, peñascos escuetos, gargantas de granito, tristes pinares, y, á poco, la inacabable estepa polvorosa, amarillenta, con su marco de montañas que no eran sino montones de tierra parda, levantados, sin duda, por gigantescos topos; y lejanos campanarios, adonde nunca se

llegaba. Bajo los torrentes de oro de la luz solar, pueblacos míseros, casuchas de tierra, hombres y mujeres cetrinos, flacos, peludos, andrajosos, rebaños negros que pastores de torvo mirar y vestidos de pieles conducían. Y cuando pasaba junto á las heredades donde el labrador había escupido el riñon sobre el compacto terruño, ni risas, ni canciones saludaban la cesación del trabajo. Retirábanse á casa los hombres, taciturnos, jinetes sobre el borrico alforjero.

¡Oh! ¿Dónde estaban ahora las alegres y sonrosadas escardadoras de Baigorri?

Tras mucho andar de día, las noches eran de mal descanso. Sucias y destartaladas las ventas, cuyos suelos jamás rozó la escoba; las vasijas de barro colgadas de la pared por ajuar; á menudo, fuego, vino y aceite solos por todo bastimento, y necesidad de comprar fuera la comida y prepararla personalmente, so pena de acostarse con el estómago vacío; mesoneros impávidos para el obsequio y agasajo, mozas desgreñadas y desabridas, cubierto de petachos el amarillo refajo; ninguna concurrencia de gente á pasar la velada jugando y bebiendo, como en las posadas baztanesas; caminantes pocos, excepto cuando la reunión allegadiza de arrieros invadía la venta y quitaba el sitio; cama con sábanas, nunca; conversaciones escasas, y por ignorar el castellano, burlas copiosas.

¡Cuántas y cuantas veces le vino á la memoria la rancia canción de su tierra Erdal-errikobizi-modua («La vida fuera del país bascongado») puntual retrato de las gentes y pueblos que iba viendo, y al tenderse sobre el costal de paja en la cuadra, canturreó, acompañado por el coceo de las mulas:

Ango sukal bazterrak ikustekoak; Laratzikan batere, palta auspoak; Alki sendoak Iru edo lau arri kintalekoak Ango zokoak Ezkonduz geroztikan garbitzekoak.

(«Notables son los hogares de allí; faltan los llares y no hay fue—lle; los sólidos poyos, piedras de tres ó cuatro quintales. Los rincones aguardan el barrido desde el día de la boda.»)

—«A mal tiempo buena cara»—decía Pedro Mari.

Y cada mañana emprendía con mayor ansia la caminata y alarga—ba la etapa por llegar cuanto antes al único y lejano puerto andaluz de donde salen los barcos para la vuelta de Chile.

(Se continuará)

## AMAREN NAITASUNA

Ez da ez egunikan joaten eznaizenik, aur chiki baten gana tristuraz beterik; beti goguan daukat aztu gabentandik, gaur eziñ ikusiyak nauka zoraturik.

Aingeru zoragarri ¡ai! nere aurchoa, betiko orchen zaudez lur pian sartua; atoz amarengana lenbailen gasua ¡zer pozikan emango nizuken musua! Iñoiz egiten ziran emen milagruak, nonbait ala nairikan gure Jaungoikuak; ori chinisturikan gaudez mundukuak oraiñ artian bada gizon fedetsuak.

Milagrocho bat egiñ biarda lenbailen, aurchoa eta ama elkarrekin dauden, eziñ bizi liteke onela au emen: orra gaur erakutsi naitasuna zer den.

KAYETANO SANCHEZ ETA IRURE.





buena, á la verdad, su traza; pero cuando Pedro Mari miraba la suya, Su tez quemada por el aire, su ropa descolorida por el sol, su camisa mugrienta, los desgarrones de la chaqueta, el pantalón deshilachado, se estimaba sin derecho á mostrarse descontentadizo. Uno de ellos era alto; bajo el segundo; con cara de garduña éste, y de pandero aquél; chirlos en la carota, y costurones en la carita.

Raídos y manchados los trajes, por su corte y adornos, bien se le alcanzaba á Pedro Mari que no eran de aldeanos. Ellos se vendieron como de Madrid, que estaba cerca, y abrieron la plática. El alto re-

sultó soldado viejo y haber presidiado en San Sebastián y Fuenterrabía. Retuvo palabras del bascuence, y con las castellanas del acervo de Pedro Mari, trabaron diálogo bastante á entenderse. Convidaron ellos con vino, por el gusto de haber encontrado á persona de tan rica casta como la bascongada, y hablando, hablando, entre las mentiras de los dos, descubrió Pedro Mari todas sus verdades. Movióse luego ruido en la calle, y so color de enterarse, desaparecieron los dos amigos, primero el hombrecillo, y á poco el hombrazo. Otros que había en la taberna fuéronse, asimismo, por puertas zagueras y excusadas, quedando sólo Pedro Mari á terminar de comer, cual cumple á montañés cachazudo.

Levantóse para el pago, ágil como nunca; tan ágil, que se le figuró faltábale cierto peso, atadura ó estorbo ordinario, que le habría sido imposible de precisar cuál fuese. Instintivamente subió la mano á la cintura....., ¡el cinturón del dinero había desaparecido! Pálido, convulso, Pedro Mari prorrumpió en ayes y frases de apuro y angustia, á la vez que se palpaba el cuerpo por todas partes.

Observábale desde el mostrador el tabernero, y le preguntó ásperamente:

—¿Qué es ello, hermano? ¿Se ha vuelto loco? ¡Deje el guirigay y la algarabía, que aquí no se cuece lengua bizcaina!

El disgusto, la emoción perturbaban de tal suerte á Pedro Mari que no acertaba con una sola palabra castellana; por fin gritó lastimeramente:

-¡Man errobau!

Torció el gesto el tabernero, y hubo de aguzar el ingenio para entender la frase.

-iA otro perro! No valen esas tretas, hermano; soy viejo, y ningún motilón me pega la gorra. O pagas, ó llamo á la justicia.

Pedro Mari no entendía; que de lo contrario, hubiese sacado del chaleco el dinero que llevaba aparte para el gasto menudo y diario. Creyó que el tabernero le desmentía: y replicó con más fuerza:

—¡Man errobau, aquí, aquí, man errobau!

Estas palabras encolerizaron al tabernero.

—¡Por Cristo!—exclamó;—no faltaba otra cosa sino que un petardista echase á perder á un hombre honrado, á un cristiano viejo como yo. Sepa vuesa merced, bizcaino de Barrabás, que el cabildo de esta casa es de gente de pró.

Enzarzóse la disputa, repitiendo, sin cesar, con voz estentórea Pedro Mari su frase, y respondiéndole el tabernero con improperios y amenazas. Tan fuertes eran sus voces, que no oyeron los pasos de varios soldados, ni notaron su presencia hasta que el sargento puso su mano sobre el hombro de Pedro Mari, y dijo:

- -Soldado de S. M.
- —Pedro Mari, atónito ante el aparato de fusiles y bayonetas, relacionándolo con el asunto de la disputa, aún más colérico que afligido, intentó retirarse, y comenzó á dar voces.
  - -¿A mi erroban, é á mí al cárcel?

Nadie le hizo caso. Maniatáronle los soldados, y á empujones y culatazos lo sacaron á la calle.

—Señor sargento—decía el tabernero corriendo tras de él—que se me va el muy pillo sin pagar,

—Hombre, quien sirve al rey, ¿qué ménos sino comer de balde? Pedro Mari fué incorporado á una larga cuerda de hombres jóvenes, harapientos y mal encarados los más, que había en la plaza, bajo la custodia de una compañía de milicias. Redoblaron los tambores, cuadróse la tropa, y un oficial, ante la bandera, leyó con voz clara un Real decreto de S. M. Católica el rey D. Carlos IV, reproduciendo otro de su antecesor D. Carlos III, de 11 de Setiembre de 1773, mandando hacer levas de gente ociosa en Madrid y pueblos de su contorno exceptuados del servicio militar, con motivo de la guerra entre España y la República francesa.

#### VI

Entendió alguna palabra suelta Pedro Mari, y lo que oía le puso al tanto.

Desatósele el pecho anudado por la pena. No le llevaban como á ladrón, que el mal tabernero denunciara. Pretendían que fuese soldado. ¡Vano empeño! De la quinta castellana le exceptuaba su doble título de natural nabarro é hidalgo baztanés. El percance quedaba reducido á alegar su excepción. ¿Cómo, cuándo? A la hora era imposible, porque los soldados á nadie atendían, y si álguien de la cuerda hablaba recio, le soltaban un palo... pero sazón oportuna, más ó menos pronto, se presentaría.

Resolvió aguardarla; mientras, le sobraban motivos de afligirse y

cavilar. ¡Le habian robado! Su pequeño caudal había desaparecido y le era imposible practicar averiguaciones, perseguir al ladrón en el pueblo, de donde por las trazas, iba á salir la columna. Al entrar en la taberna llevaba el dinero encima; tenía seguridad de ello. ¡Oh, los allegadizos amigos! ¡Ellos eran, sin duda, los ladrones! ¿Podría proseguir el viaje? Lejano aún el puerto, le duraría el dinero del chaleco? A fuerza de privaciones, lograría estirarlo... Pero, (y el pasaje? ¿Cómo embarcarse y cubrir en América sus primeras necesidades hasta encontrar colocación? Lo más cuerdo era volver pie atrás... ¡Proyecto descabellado! ¡Entrar en Baztán sin dinero, sin hacienda! ¡Lindo viaje! Se pondría á servir de pastor, de criado... ¿Y las burlas de los amigos, de los parientes, de los convecinos? ¡Le sacarían coplas! ¡las muchachas de la fuente y el río cantarían los berso berriyak de Pedro Mari Belarra! No, mil veces no; antes ir mendigando, antes el servicio militar que la befa inevitable.

Estas fueron las ideas que estuvo machacando su magín durante toda la tarde y parte de la noche que duró la marcha á través de yermos desolados. Por fin llegaron á una ciudad grande, que le dijeron llamarse Alcalá, y los metieron en una cuadra, baja de techos, sin otro ajuar que las tarimas donde se acostasen. Presentaronles una caldera llena de rancho, que á Pedro Mari le recordó la que en su tierra se sirven á los cerdos. Un cabo, acompañado de cuatro números, iba registrando los bolsillos de los levados. Tocóle su turno, y estimó que era sazón de exponer sus agravios. Riósele el cabo sin darle oidos, y le quitó el dinero. Resistióse Pedro Mari, y tras de recibir unos cuantos palos, le amenazaron con el calabozo. Entonces comenzó á exhalar quejas amargas, á maldecir de su suerte con tono lastimero y gestos desesperados. Ninguna compasión excitó. Antes bien, los que él estimaba compañeros de infortunio, comenzaron á remedarle grotescamente y á hacer rechifla de su angustia. Refrenóse entonces, y opuso á la adversidad frente de marmol. Refugiado en un rincon, sin probar el repugnante rancho ni mover los labios ni cerrar los ojos, pasó la noche. Aplanábale el más completo abatimiento; iba formando clara conciencia de que se hallaba cautivo dentro de una red que le sería imposible romper.

Penetraron las primeras luces del día por una angosta ventana. El calor era sofocante; pesado el ambiente, apestoso el vaho que exhalaba la aglomeración de personas.

Sobre la tarima roncaba la barredura social, montón de harapos piojosos, por entre los cuales asomaban caras macilentas de miseria y vicios, piernas y manos roñosas.

¡Oh, cuán espléndida á la misma hora la pupila de oro abierta sobre los verdes montes baztaneses!

La encerrona duró la mayor parte del día siguiente. La atmósfera espesa de la cuadra provocaba náuseas. A Pedro Mari le dolía la cabeza, cual si una barra de hierro se la traspasase de sien á sien. En vano la leva se quedó ronca, pidiendo rancho y oreo: las puertas continuaron herméticamente cerradas. En los momentos de silencio se percibia claramente el paseo de los centinelas. Las sobras del rancho fueron devoradas entre disputas. A Pedro Mari le producían asco el alimento y la manera de comerlo: antes morirse de hambre que probar bocado; pero no tenía ganas, á Dios gracias. Le atormentaba la sed, y, por fin, se resolvió á beber del botijo una agua nauseabunda, caliente y que sabía á tierra. A las cuatro de la tarde se abrió la puerta zaguera, y como manada de toros salieron los presos buscando luz y aire.

Estaban en un patio de altísimas paredes lisas, sin huecos; al pie de ellas y formando cuadro, dos filas de soldados, calada la bayoneta; en el centro un grupo de oficiales, de diferentes uniformes, que charlaban, reían y fumaban.

Alinearon á los levados, y comenzaron á recorrer la fila los oficiales.

—¡Caramba! ¡Esta es morralla pura!—exclamó un oficial de caballería, de brillante uniforme y aire aristocrático, haciendo un gesto desdeñoso.—¡Parece la leva un capítulo de *Rinconete y Cortadillo!* ¡Ni un lugareño! Esta es gente de la hampa.

—Hay excepciones, Pepito, contestó un compañero, capitán de infanteria;—allá veo un mocetón, más alto y recio que una torre. Me lo llevo á granaderos. Tiene cara de hombre de bien; su traje no es de esta tierra. ¡A bizcaino me huele! ¿Cómo diantres habrá caido en esta redada?

Los oficiales fueron entresacando á los de la leva, y distribuyéndolos en pelotones. El menos numeroso era el de Pedro Mari.

Cuando el capitán se acercó á comunicar órdenes al sargento, Pedro Mari se descubrió respetuosamente, y según supo y pudo, que fué á trancos y barrancos, expuso humildemente sus reclamaciones.

El capitán lo escuchó pacientemente, no sin cierta simpatía.

—¿A quién se lo cuentas, hijo? El rey manda,—y saludó militarmente.—De estar en tu tierra, tendrías que servir.... porque supongo que los nabarritos no pensarán vivir á la sopa boba, mientras los demás españoles nos descrismamos con los franceses. Aquí ó allí igual da.

Quiso insistir Pedro Mari, pero el capitán le cortó la palabra con aire severo:

—¡A callar! De lo contrario te doy un baqueteo.

Y le volvió la espalda. Los demás oficiales que observaron la conversación, le preguntaron acerca dei caso, y una vez enterados, exclamó un teniente coronel de artillería:

—Esos perros siempre llevan los fueros en la boca para no servir al rey. ¡Cualquiera diría que son de otra casta! ¡Puesto que cayó uno en nuestras uñas, á ver cómo me lo doma, señor capitán! Eso sí, son hombres valientes, y á ninguno ceden en funciones de guerra.

#### VII

Resultaba inútil, absoluta y perfectamente inútil, y además de inútil contraproducente, rebelarse. De esta verdad viva se enteró pronto Pedro Mari. Cogido por el dentaje de la maquinaria ordenancista, no había otra salida que pasar bajo el implacable cilindro. Acomodóse, pasivamente, á las circunstancias, con alguna vaga esperanza de mejorar: ¿cómo, por qué? El hombre, aun cuando desespera, espera.

A España, como de costumbre, le sorprendía la guerra sin elementos militares. Diariamente, de una y otra patre, llegaban reclutas á Alcalá para que apresuradamente los instruyesen. Desde las seis de la mañana hasta las once, y desde las tres de la tarde á las seis y media, permanecían Pedro Mari y sus compañeros sobre el campo de maniobras, aprendiendo el ejercicio á la prusiana. ¡Qué de nimiedades, complicaciones y artificios! ¡Cuántas recetas para dificultar los actos más espontáneos del cuerpo humano: mover los brazos y andar! Qué de arcanidades en un simple «¡vista á la derecha!,». Aún es más rica en cosas la táctica que el minué.

Pedro Mari ponía los cinco sentidos, pero tropezaba y caía en el obstáculo del idioma castellano que entendía poco, y casi nada al salir de la boca ceceante del sargento instructor, que era andaluz ce-

rrado. Como interpretara mal las primeras voces de mando al comenzar la instrucción, azorábase y no había movimiento que no trastrocara, paso ordinario que no fuese ligero, ni vuelta á la derecha que no diese á la izquierda. Era un errar continuo, una acumulación inconcebible de torpezas. Soltaba el sargento la nacional majadería de:-¿Cómo es eso? ¿Acaso no hablo vo castellano?—Y el día acababa con pan negro y calabozo, amén del correspondiente baqueteo sobre la marcha. Los demás reclutas lo creían tonto, y se lo llamaban, burlándose despiadadamente. Cohibido por preceptos tantos y achicado por el temor, su cuerpo ágil de montañés, hecho á brincar piedras y correr vericuetos, á moverse libremente, era ya cuerpo de palo, rígido, anguloso, de articulaciones anquilosadas. A lo cual contribuía el uniforme: sus prendas estrechas, el correaje, las mangas y botones que oprimían, el corbatín con hebilla que le agarrotaba, los zapatos que le enardecían los piés, habituados á la flexible alpargata y á andar descalzo sobre la húmeda verba.

Invadióle una profunda tristeza, una nostalgia que con nada se podían distraer ó amenguar. En las espléndidas puestas del sol de los cielos castellanos, cuando el azul intenso de las montañas alcarreñas resaltaba bajo el azul palido del firmamento y los pardos terrones de la anchisima llanura se tenían con matices de oro y grana, llenábansele de lágrimas los ojos, y seguía con envidia, con honda envidia, con envidia de pobre, el libre vuelo de las grullas peregrinas al Norte.

Solo, aislado, sin amigos, sin compañeros: siempre la indiferencia, más cruel aún que la frecuente burla. Entre los reclutas, el único que le daba muestras de afecto era Gregorio, el montañés de Burgos, rayano de Bizcaya.

A menudo hablaba de las excursiones al Señorío en tiempo de ferias y mercados, de los bailes en la campa, al son del tamboril.

- —Son muy guapas y muy alegres las bizcainas—decía.—¡Ah, si yo hubiese sabido tu parla! Como hay Dios diera entonces gustoso la mejor novilla del corral por saber bascuence.
- —¡Ojalá si no lo supiese yo!—exclamaba Pedro Mari renegando de su lengua á fuerza de desdichado.

#### VIII

llegó el día de incorporarse al regimiento de Córdoba, el cual, destinado al ejército de Cataluña, llegó de víspera. Con esto se arruinaron totalmente las esperanzas de Pedro Mari, cebadas en las voces de que los llevarían al ejército de Nabarra.

Amaneció la mañana de la partida sin una nube que empañase el cielo. Desde sus primeras horas las calles y plazas de Alcalá eran estrechas para la gente que rebullía. Bandeaban las campanas, rasgaban el espacio estrepitosamente cohetes y voladores; ondeaban al aire, desde las ventanas de las casas, las colgaduras; por todas partes resonaban aclamaciones á la Religión, al Rey y á España.

Las fuerzas prevenidas a emprender la jornada eran: un batallón de guardias españolas, los regimientos de Saboya y Córdoba y un regimiento de dragones. El estado mayor era lucidísimo; componíanlo el teniente general príncipe de Monforte, el conde de la Unión, el duque de Osuna, el mariscal de campo D. Rafael Vasco, el brigadier don Eugenio Navarro. Las tropas oyeron Misa á las ocho en diferentes iglesias; al regimiento de Córdoba le tocó oirla en la de los santos mártires Justo y Pastor, y donde predicó el capuchino P. Ambrosio Orgiva, que proclamó la indisoluble unión del trono y el altar, y la necesidad de raer del suelo los hombres y los principios nefandos de la Revolución francesa, empleando palabras de fuego, realzadas por su figura de semita. Tez morenisima, cuerpo enjuto, cara escuálida, ojos negrisimos centelleantes, barbaza del mismo color y cabos canosos. El sermon entusiasmó y enardeció a los oyentes; no á Pedro Mari, que se durmió profundamente, cediendo al influjo del lugar sombrío, proximidad de un pilar y copioso sonsonete de palabras ininteligibles.

Media hora después salían las tropas de Alcalá oyendo vítores y gritos de despedida. Restallaban las blancas banderas coronelas, luciendo la cruz de Borgoña, castillos y leones en los huecos y las cuatro coronas que cierran las puntas de las aspas. El agudo clarín dominaba el sordo redoble de los tambores; el sol prendía ramos de oro sobre las bruñidas armas; pintaban el aire los vivos colores de los uniformes, los bordados y plumas de los generales... Pronto el polvo extendió sobre ellos la uniformidad de su capa gris; cesaron poco a poco los cantos Y carcajadas de la tropa, y prosiguió silenciosa la columna á través de la parda llanura. ¡Ancha es Castilla!

Y, no obstante, el corazón de Pedro Mari se achicaba en ella. A marchas forzadas la atraviesan de día bajo un sol que irradia por ade-

lantado los ardores estivales, durmiendo de noche bajo las tiendas de lienzo húmedas de rocío. No le espanta á Pedro Mari el andar; pero le embarazan y abruman la cargada mochila, la estrecha chupa, el ceñido correaje, los torpes zapatos y además el fusil rayado, ia espada, la bayoneta, el frasco, el cordón....

En Zaragoza se les unió el regimiento de Nabarra. Pedro Mari experimentó un momento de alegría. Creyó que lo formarían nabarros; no había ni uno solo. Con ese nombre afirmaba el rey de España sus pretensiones de que el reino pirenaico le prestase el servicio militar, no según los fueros, sino según los mandatos de su voluntad soberana. Con todo, le servía de consuelo ver á la cabeza del segundo batallón la bandera roja y las cadenas resplandecientes bajo el azul delos cielos. Y no apartaba de ellos la vista, al igual del niño que mira á su madre.

Recorrían un pais aún más triste que Castilla, entre Zaragoza y Lérida: inmensas soledades, campos, ó yermos, ó de trigo mal nacido; tierra árida, gris, agrietada; álveos de riachuelos exhaustos; torrenteras con guijas en vez de agua; colinitas, terrosas; matas de aliaga y hortiga recubiertas de dos dedos de polvo; aire seco; luz deslumbradora, brutal; sol implacable, agostándolo todo. Ni pájaros, ni sombra, ni fuentecillas do humedecer las fauces y despegar la lengua del paladar. Lejos, muy lejos, entre brumas, las nieves del Pirineo.

Pedro Mari pensaba que no habría en los prados baztaneses hierbecita que no adornase su tallo y corola con una sarta de gotas cristalinas; ¡y les tenía envidia!

#### IΧ

El ejército de Ricardos ocupa sus posiciones, dispuesto á tomar la ofensiva sobre las líneas del Tech. El regimiento de Córdoba acampa ai pie del Pertus, punto avanzado de la división que se aloja en los pueblos del valle.

Su rápida correría á través de Cataluña, dejó á Pedro Mari la impresión de un sueño; sus ojos conservan, á modo de estela deslumbradora, el recuerdo de feraces campiñas, de flores y árboles peregrinos, de extensiones de mar celeste descubiertas al subir las montañas.

El regimiento aguarda la orden de romper la frontera. Puestas las armas en pabellón delante de las tiendas, los soldados hablan y juegan. Las cantineras recorren los grupos bulliciosos. Pedro Mari, sobre un tronco de árbol caido, contempla la corriente espumosa del Llobregat que le salpica la cara; la austeridad del paisaje montañoso aumenta la tristeza de su corazón.

A media tarde las trompetas y tambores tocaron generala, y el regimiento salió á ocupar el coll de Pertus.

A Pedro Mari le correspondió prestar el servicio de avanzada; sobre la misma frontera francesa.

Solitario en la elevada meseta, sus manos, hechas á manejar el pacífico cayado, empuñan el fusil, cuya bayoneta amenaza á la tierra de Francia.

Hundíase el sol, y unas en pos de otras iban apagándose las enhiestas cumbres. Al Oeste, desde su aislado cono, el fuerte de Bellegarde, á intermitentes cañonazos, hablaba de una cosa terrible, desconocida y próxima: la guerra. Pedro Mari no la teme, no. Se siente capaz de afrontar los mayores peligros con impavidez absoluta. Al arma virgen aún, que le entregaron, él sabría obligarla á contraer sangrientas nupcias,.. Pero es que la lucha inminente le deja frío: ni le interesa ni le importa. Ignora por qué y para qué se ha de batir. Ni odia á los que están frente á él, ni ama á los que están con él. Aquella bandera tricolor que ondea sobre las baterías de Bellegarde.... esel enemigo. ¡Ah! el enemigo, á quien no conoce, de quien no ha recibido agravios, con quien le obligan á pelear, porque para eso le cazaron inicuamente á él, como á una fiera. La ordenanza le oprime, le humilla y convierte en autómata. Aborrece hasta los colores del uniforme. El uniforme es el sudario de su albedrío: sudario de plomo, cuyos pliegues nadie puede mover. Ve su porvenir frustrado. Recuerda la hacienda que vendió, el dinero que le robaron, los castigos que le impusieron, las burlas con que le mortificaron, su aislamiento en el cuartel, su desesperación en el calabozo...

Estas ideas, en su mayor parte bajo la forma de sentimientos, y de sentimientos inconscientes, le agitan, mientras se pasea arma al brazo por la elevada meseta; límite de las dos naciones, sin que sus ojos acierten á marcar con un levísimo signo, sea una flor de color diferente ó una piedra de diferente forma, donde acaba España y empieza Francia. El ignorante Pedro Mari no descubre los mojones sangrientos de la historia.

Sube la noche desde los hondos valles, y la ondulación de las

montañas traza la línea divisoria entre las sombras de la tierra y la azul amplitud de los cielos. Noche transparente, serena, que encanta con el centelleo de los luceros y embriaga con el perfume de los pinares. Profundo el silencio; ni voces humanas, ni ruidos de la naturaleza le turba. Es un silencio de misterio, de ceremonia augusta, de invisibles comuniones; silencio que anonada el ánimo afligido del pobre expatriado y le predispone á recibir la lección que envían con sus titilantes rayos los astros lejanos: resignarse, aceptar lo inevitable, conformarse á las leyes que están sobre nosotros, sacrificar la individualidad, admitir la ordenación suprema... Pedro Mari, con la pasividad del labrador ante la piedra que arrasa sus cosechas, inclinó la cabeza, y una lágrima rodó por la solapa de su casaca. En el seno de aquella lágrima cuajóse la luz que descendía del cielo.

¿Qué rumor rompe, de pronto, el silencio? ¿Es el susurro de los pinos? ¿El murmullo de los torrentes? ¿El aleteo de los génios pirenáicos? No... es un rumor, un susurro, un murmullo, un aleteo más suave, mas ténue y vagoroso que resuena léjos, muy léjos. Un coro de voces humanas, cuyas palabras se pierden, pero cuya melodía se percibe alegre y juguetona, y se apaga luego en larga cadencia melancólica, cual la estela de niebla sobre los montes que baña el sol... Pedro Mari levanta la cabeza, aguza el oido... las pulsaciones de las arterias le impedían oir bien... ¿Sueña acaso? Con mano temblorosa se palpa el cuerpo; examina lo que le rodea para cerciorarse de que no ha cambiado de lugar. Ni sueña ni delira; está despierto; sus piés pisan tierra catalana, y no obstante... El canto lejano y dulcísimo que le transporta es, sin que le quepa duda, la canción de las muchachas de Baigorri. Su lengua trémula pone las palabras que no llegan: iruten ari nuzu—kiloa gerriyan; canta como un loco notas que son suspiros, y su pecho sellado se abre en flor y bebe el fresco rocío de las montañas euskaras.

Cáesele el fusil; da unos cuantos pasos... misteriosa é irresistible atracción lo arrastra. Ya atravesó la frontera; ya está en Francia. Monte abajo, corre por el sombrío pinar. Llega al valle, y á la luz trémula de las estrellas, divisa un grupo de hombres que, al sentir pasos, interrumpen la canción.

-¿Quién vive?-pregunta una voz en bascuence.

Y otra, irónica, exclama, dominando el murmullo de las risas:

-Soberbia idea, Joanis; ¿á qué no te contesta derechamente?

Pedro Mari, con la alegría del preso que rompe su cadena, grita el nombre milenario y fraternal de la raza, consciente de sí propia, por encima de naciones y fronteras:

-:Euskalduna!

(Se concluirá)

# ZAKURRAK ETA OTSOA

Ardi zakur eri bat zarra ta argala. mendiyan ganaduen kontuban zeguala, otsoak albochora joanik zion esan, emateko ganadu kaskar bat jan zezan; goseak zebillela zenbait egunean, eta ura eskatzen ziola onean: eta zakur argalak ikustean ala. indarrez bera bañan geiagoa zala, izuturikan bera ito ta zezan jan, zion, artzeko bada kaskarcho bat esan: eta ala otsoak ganadu batekin, zuben pozez alderdi artatik aldegin. Andikan gerogora denbora guchira, berriz zitzaion otso zar aundiya jira; eta egiñik lengo eskaera bera. bere jankayarekin joan zan bazterrera: bañan beste bein lengo gisan zanean joan, zakur aundiyago bat zuben billatu an: eta asi zanean ganaduba artzen, edo zintzurretikan ortz zorrotzak sartzen. zakurrak itsatsirik bere letagiñak, atera zizkan tripan zeuzkan gose miñak.

. . . . . . .